

to donde ha de conjugarse la cuestión de la posibilidad de la crítica hoy, posibilidad que necesariamente tiene que adentrarse más allá, o en el límite de lo representa-

cional y del sentido. La autonomía, en este caso, es una condición de lectura o de la crítica, más que su promesa, es decir, partido por la democracia

## COMENTARIO

Tomás Moulian

Se me ha pedido que, en diálogo con los textos de Thayer y de Salazar que preceden mi comentario, vuelva a pensar sobre mi libro *Chile Actual: anatomía de un mito*, publicado en 1997. Para un autor, enfrentarse a un texto que hace tiempo se ha hecho público y que ha creado, por tanto, su tramado autónomo de significaciones, es enfrentarse con algo que ya tiene miles de vidas que no le pertenecen, puesto que le han sido proporcionadas por la lectura de otros.

Con una sensación de ajenidad me enfrento a este libro para cuya producción viví un largo tiempo, ya que fue una escritura que ocupaba como pasión absorbente mis días y parte de mis noches. Al elaborar el ensayo histórico sobre el Chile Actual y su genealogía, estaba escribiendo también mi propia autobiografía política.

No me extraña la sensación de distancia y despojamiento que describo. Siempre he creído que un libro se escribe para olvidar, sobre todo cuando uno de sus niveles tiene como trasfondo las experiencias de la culpa, del miedo, del coqueteo con el peligro y sus impredecibles consecuencias, de las ilusiones políticas frustradas. Desde la experiencia del Funes de Borges, sabemos que el olvido es una de las funciones de la memoria, una que en ocasiones puede ser de sanación.

El libro que comento no sólo da cuenta de los acontecimientos históricos que han marcado a Chile desde la Unidad Popular hasta 1997, también da cuenta del doloroso descubrimiento personal de una derrota política, escondida hábilmente tras los oropeles de una victoria. Es a través de la escritura del libro que canalizo y elaboro el desgarramiento interno que me produce esta transición sin tránsito, este pasaje clausurado hacia la democracia. Transformando este desaliento en discurso, puedo olvidar, porque el dolor se ha objetivado en un libro. La función del libro es la de un receptáculo, de un lugar donde se puede depositar el desasosiego, para no andar más cargándolo encima. Este olvido del dolor es posible porque el libro produjo un proceso de politización de mi propia subjetividad. Al escribir el libro logro estructurar discursivamente mi malestar, esta angustia por una post-dictadura que no ha alcanzado todavía la estatura de una transición. Logro sacar de las brumas mi propia política, enfrentándome de una manera histórica con el presente.

El olvido es, en este contexto, la elaboración política que me permite superar la melancolía. La superación de esa tristeza invalidante me es permitida por el libro, a través del cual salgo de mi propia impotencia de actor frustrado, de participante

de una nueva derrota. El análisis genealógico del presente, que es aquello que el libro propone, es para mí un enfrentamiento constante con la historicidad. Cada dato analizado me muestra la diversidad de las posibilidades políticas y me permite revivir la experiencia del presente como producción social y no como orden natural. Si, como afirmo en el libro, estamos en una «jaula de hierro» es a causa de un enfrentamiento de estrategias políticas. Colocados en 1988 ante una transición impuesta, de la misma naturaleza que la que enfrentaron los españoles en 1975, no hemos tenido los recursos políticos para forzar la «jaula de hierro» dentro de la cual nos encerraron Pinochet y sus aliados. No hemos sido capaces de generar un nuevo consenso constitucional, como el que se elaboró en España en 1979.

Digo esto porque quien genera el discurso histórico siempre es un actor situado, quien toma la palabra sólo a nombre de sí mismo. Es obvio que el *Chile Actual* está limitado por la mirada de quien mira y ésta está inserta en un espacio y en un tiempo, tanto global como biográfico. Un intelectual no es un profeta y sólo puede hablar desde el campo de visibilidad que le proporciona su experiencia.

### Historiografía versus Historiología

Con gentileza, Salazar clasifica mi libro como un importante ensayo historiográfico, como una especie de culminación y cierre de ese género. Pero cualquiera que lea su texto puede percibir que se trata de un elogio envenenado. Sitúa mi libro a la altura del libro de Góngora, esa joya de la crítica conservadora al neo-liberalismo, ensayo de madurez de un gran historiador. Pero lo coloca a esa altura sólo para proceder a despeñarlo de inmediato: un ensayo historiográfico, por importante que éste sea, no está a la altura del desafío.

Éste consiste en producir lo único que puede ser útil como conocimiento histórico, un conocimiento de lo actual que sirva como herramienta de la producción del futuro y cuya concreción sería el ensayo historiológico.

No resulta claro, sin embargo, el fundamento en Salazar de la oposición entre lo historiográfico y lo historiológico. Mas aún yo mismo me sumo en el libro a la crítica a lo historiográfico, siguiendo en eso las huellas de Nietzsche. Pero entiendo como tal el culto al pasado que entraba la energía de la acción, que la entorpece y sobrecarga de obligaciones fatuas, al no reconocer que un discurso sobre el pasado sólo tiene pertinencia si se realiza desde un presente y para afinar su comprensión. El pasado no se visita como una tumba de la memoria, sino en función de la actualidad. Mi propio texto analiza el pasado como proceso de constitución del presente.

En eso consiste, me parece, la función historiológica de la historia, equivalente a aquello que Foucault denominó la función genealógica: la pregunta por lo actual remite a una pregunta por sus procesos contingentes de producción social. A Salazar le parece que mi texto no es historiológico sino sólo historiográfico. Lo sería si sus preguntas se limitaran al pasado y no a la actualidad, que es la puerta a través de la cual el historiador dibuja el futuro. La función historiológica no consiste en hablar directamente sobre el futuro, sino en apuntar hacia él. La historia sólo puede hablar de un presente, poniendo en evidencia sus procesos de constitución social. En ese sentido para la historia el futuro es lo indecible, es aquello de lo cual no puede hablar, porque el historiador no es un futurólogo. Entiendo, a partir del texto de Salazar, que lo que invalidaría mi perspectiva historiológica sería una suerte de pura negatividad: «¿por qué detenerse tanto en esculpir hasta el último detalle la

mitificación negativa del enemigo, en construir la neutralización mítica de *los errores propios* y apuntar todo el tiempo al polo negativo de la lucha?». Esta crítica suena a mis oídos como un elogio, puesto que la negación de los poderes materiales y culturales que se instalan en las sociedades y la mirada autocrítica sobre nuestra propia política me parecen dos de las tareas que puede hacer el intelectual con mayor propiedad.

Yo acepto, sin embargo, que mi narración silencia algo que Salazar potencia. Pero ello por un problema de interpretación. Según Salazar, esta pura negatividad deja en el silencio «los rebotes transliberales que se proyectan, día a día, desde la memoria social (popular), sobre todo desde la «losa anónima» que construyeron los actores populares entre 1978 y 1992». Yo pienso que lo que hay que poner de manifiesto, sin complacencias paternalistas, es cómo la tupida malla de la dominación se extiende también sobre la práctica (y por ende) sobre la memoria social popular. El «bajo pueblo» no está inmune a las ilusiones neo-liberales. Mal podría estarlo, dado que no tiene el privilegio de un estado de gracia. Desde el punto de visto historiográfico me parece mucho más relevante mostrar la extensión de los tentáculos de la dominación, que endiosar ciertas experiencias moleculares donde la conciencia popular permanece intocada. Es importante desde el punto de vista político conocer la magnitud del daño producido por la intoxicación neoliberal, que está paralizando la politicidad popular e impidiendo que pueda surgir hoy una propuesta transliberal desde los propios sectores populares.

Respecto a la condición de intelectual tradicional que me adjudica Salazar, debo señalar que me parece adecuada. Pero no porque mis lógicas sean académicas, pues son políticas. Pero ello no me convierte

ni me da derecho a sentirme un intelectual popular. Creo que éste es aquel que surge de entre lo que Salazar denomina el «bajo pueblo» o de entre aquellos intelectuales profesionales que han decidido hacer suya, de una manera material, esa vida concreta.

### El defecto de una escritura legible

En su comentario Thayer dedica largos párrafos a la crítica de mi pretensión de legibilidad. No puedo eludir este debate porque las reflexiones que hace sobre la escritura están suscitadas por las que yo realicé al comienzo del libro. Allí me propongo hablar una lengua distinta de la sociológica pero también distinta de la del ensayo neo-hermético.

A propósito de ese programa escritural, dice el comentarista: «Proponiéndose un lector amplio, el libro calcula un tipo de crítica de la actualidad en una lengua actual, comunicativa y representacional». Se equivoca cualquiera que crea que esa afirmación significa un elogio al texto: el uso de esa lengua hace al libro sospechoso, porque al elegirla se «sacrifica la posibilidad más originaria de la crítica como acontecimiento inactual de lo actual». En un párrafo próximo al citado, Thayer afirma «el libro de Moulian fue escrito antes que nada para circular o en vista a la circulación». Confieso que no concibo ningún libro publicado que no aspire a circular. Eso significa que el libro forma parte de una cadena mercantil y esto es válido tanto para el libro de Thayer sobre la Universidad moderna como para el mío. Todo libro editado, distribuido, provisto de un precio se inscribe en la lógica de los valores de cambio. Pero eso no significa que el libro se escriba para servir a esa lógica.

La forma en que Thayer construye las frases parece presumir lo segundo. Decir que yo «calculo» un tipo de crítica o que

escribo el libro «antes que nada» para la circulación me parecería simplemente una ofensa proferida por un moralista mani-queo, sino fuera porque esas observaciones forman parte de una cierta teoría de la escritura.

Esa teoría está brillantemente expresada en la escena nacional por Nelly Richard, a través de su libro *Residuos y metáforas: ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición*. Ella clasifica la claridad textual como uno de los dispositivos de la dominación y como un mecanismo entorpecedor de la lectura crítica, en cuando evita colocar obstáculos premeditados que tensionen la tendencia a una comprensión lineal y unívoca.

Inscribiéndolas dentro de ese contexto, las afirmaciones de Thayer adquieren un interés del cual carecen en otro. Debo decir, sin embargo, que creo que las tesis de Richard y de sus seguidores tienen un valor relativo como teoría de la escritura crítica. Richard ha convertido una elección estética en una teoría de la crítica. Una cosa es amar el manierismo de Carpentier, otra cosa es afirmar que sólo recurriendo a ese estilo se pueden construir buenas novelas. Basta leer a Artaud, a Bataille o a Sade para darse cuenta de que su densidad no se construye por el juego de la forma. O basta adentrarse en la admirable prosa de Marx, profunda pero absolutamente audible, en ocasiones tan diáfana que a Thayer debería inspirarle la sospecha de un estilo calculado para la circulación.

Respeto el gusto de Thayer por aquella prosa que enfrenta al lector o a una calculada oscuridad o a un calculado barroquismo. Me parece una estrategia válida de escritura. Pero siempre que no se crea que ella rescata al libro del «pecado» de la circulación. Ese tipo de escritura tiene su propio circuito de circulación basada en la seducción del hermetismo.

## La noción de revolución capitalista

Esta noción aplicada a la dictadura de Pinochet ha suscitado inquietudes y críticas entre los intelectuales de la escena chilena. Personajes tan disímiles como el marxista Luis Vitale o el liberal Oscar Godoy han criticado su uso. Lo mismo ha hecho Thayer en un texto distinto al que publica aquí. El hecho de que se implante por la fuerza de un régimen que cambia la naturaleza del Estado y del tipo de capitalismo, o sea, que se instaure un régimen que tiene un proyecto para cuya realización debe desplegarse el terrorismo de Estado, crea una situación que se acerca bastante a la noción clásica de revolución tal como fue usada por los historiadores burgueses y por el propio Marx. Sólo faltaría demostrar que el pasaje de un tipo de capitalismo a otro descentra el desarrollo de las fuerzas productivas. Al hacer este ejercicio cumpliríamos totalmente los requisitos de la definición de revolución de *El Manifiesto*. Pues bien, eso justamente ocurrió con las reformas económicas que se empezaron a aplicar en 1975. El modelo de capitalismo «social» y de Estado que existía en Chile fue reemplazado por un capitalismo de factura neo-liberal, el cual permitió, vía internacionalización de la economía chilena, el desarrollo de fuerzas productivas nuevas y la adquisición de un dinamismo basado en exportaciones diversificadas.

Insisto en la importancia de esa definición para comprender la naturaleza del régimen militar. La imposibilidad de juzgar al dictador en Chile tiene relación con su papel de «salvador del marxismo» y de «modernizador neoliberal». Por eso Pinochet está en una situación diferente de la de Videla: dentro de Chile goza de impunidad, porque es el símbolo de la revolución triunfante.

La palabra revolución suena mal calificando una dictadura militar de derecha.

Pero desde el punto de vista de la lógica del capitalismo, la neoliberalización de la economía permite que se complete mejor el ciclo de valorización del capital, el cual es liberado de su encadenamiento a las estrechas fronteras nacionales y a la dinámica insuficiente del mercado interno. Es evidente que el «milagro chileno» fue posible porque el movimiento interno de neoliberalización se conectó con movimientos similares en algunos países centrales, como la Inglaterra de Thatcher y los Estados Unidos de Reagan. Pero en Chile, por el carácter dictatorial del proceso, se llegó más adelante que en ninguna otra parte en cuestiones centrales que constituyen la «excepción chilena»: desregulación de los mercados, especialmente del laboral, privatización temprana de la seguridad social, generación de tendencias

a la consensualización de los fines entre las élites políticas, desarrollo de tendencias a la desmovilización social. El caso chileno es excepcional. Por lo señalado y por la capacidad de la dictadura militar de encerrar los procesos políticos de la llamada transición en la camisa de fuerza de una Constitución que genera un régimen político de constitucionalismo semirrepresentativo, que la correlación electoral de fuerzas impide cambiar desde dentro. Por ello en Chile es difícil discernir la función política de un gobierno socialista. Éste no puede frenar el avance neo-liberal pues éste ha sido muy radical y, mientras permanezca la Constitución del 80, las posibilidades de cambio están absolutamente frenadas. Pero el asunto principal es que el propio Partido Socialista ya forma parte del consenso neoliberal.